

Un triángulo. Viñas, Martínez Estrada, Sarmiento



Beatriz Sarlo

Universidad de Buenos Aires

A través de Sarmiento han pasado las mejores inteligencias argentinas. Es un prisma en el vértice de un triángulo, cuyos lados son las escrituras de Ezequiel Martínez Estrada y David Viñas. Ambos leen a Sarmiento como un hombre del siglo XIX con el cual es necesario ajustar cuentas en el siglo XX. “Ajustar cuentas” parece una fórmula más propia de Viñas que de Martínez Estrada. Sin embargo, estilísticamente, Viñas está cerca de Sarmiento; Martínez Estrada está más incluido en su espacio ideológico, aunque no lo acepta del todo y abre la conocida posibilidad de que la Argentina se hubiera construido mejor a partir del *Martín Fierro* y no del *Facundo*.

El par “civilización y barbarie” expone un juego de lejanías y cercanías. Cuando Martínez Estrada escribe sobre Sarmiento, ese par conserva algunos de sus sentidos originales, aunque otros sujetos sean sus portadores. Cuando Viñas escribe por primera vez (poco más de una década después del *Sarmiento* de Martínez Estrada) ya no puede moverse a lo largo de la línea que separa “civilización” y “barbarie”. Por el contrario, la cruza de ida y vuelta porque la divisoria ha perdido fundamento histórico, moral y político.

Martínez Estrada pregunta ¿qué queda de Sarmiento en el siglo XX? Descubre que ha sido muy difícil modelar una nación cuya materia, con violencia o mansedumbre indiferente, se resistió al modelo. Hubo un programa, una mirada, un sujeto. Sin embargo, una tierra, otra mirada y otros sujetos se le opusieron al tiempo que Sarmiento les daba nombres en su obra. Martínez Estrada, entre otros proyectos, explora las ideas de Sarmiento, reconociendo que hizo todo para manifestarlas de modo obsesivo y enmarañado. Fueron los contemporáneos de Sarmiento quienes primero se lo criticaron. Martínez Estrada reconoce en aquel a quien admira (a pesar de que lo admira) un espíritu donde el orden y la orden fueron sinónimos: destruye en lugar de persuadir, dice en sus *Meditaciones sarmientinas* de 1966.

Martínez Estrada atraviesa a Sarmiento buscando un sistema que, previamente, sabe que no encontrará del todo, sino que deberá armar con sus partes contradictorias: “Sin haber profundizado jamás, sin haberlo razonado bien (supongamos que razona bien algo).¹ Así es Sarmiento, la promesa de un sistema que, a diferencia del de Alberdi, no es sólido, aunque sus elementos sean fuertes. Por lo tanto, lo que se propone Martínez Estrada es tan difícil como la construcción de un sistema propio ya improbable cuando escribe a mediados del siglo XX. Si en algo se parecen es en el deseo de sistema y la imposibilidad de realizarlo. Martínez Estrada lee a Sarmiento como si allí hubiera un sistema en “estado literario”, del mismo modo que en su

1. *Meditaciones sarmientinas*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2001, p. 173.

biografía política habría un sistema en “estado práctico”, al que sería posible filtrar y decantar. La materia (el “estado literario”) se resiste, pero dos libros de Martínez Estrada están dedicados a esa óptica refractaria y refractante del prisma Sarmiento.

Por allí pasa la modernidad argentina para Martínez Estrada, comenzando por sus imposibilidades: imposible incorporar la “barbarie” al tiempo histórico de la república y de la producción de mercancías; inadecuado o deformado el sujeto “bárbaro” que es reprimido o liquidado como un sobrante por una concepción despótica del poder (el adjetivo es de Martínez Estrada).

El sujeto “bárbaro” pasa a través de otra cara del prisma, la del romanticismo, que refracta la escritura de Sarmiento con un color distinto de la normalización unitaria y neoclásica. Algo de eso intuye Alsina cuando le pone objeciones al *Facundo*; y Sarmiento responde con los derechos del escritor a una representación verdadera estéticamente que, al final, también lo será en términos sociales. En realidad, ni siquiera responde eso, que sería tomar seriamente la objeción (una especie de anticipado Marx leyéndose a sí mismo como Balzac), sino que no le adjudica peso. En la desestimación de Alsina también está la idea romántica de que la “barbarie” no puede ser puesta en escritura sino a través de operaciones literarias: la estética como teoría del conocimiento. El saber “sensible” se le ofrece a quien, como Sarmiento, no termina de definir un sistema.

Ni termina de definir un lugar, porque es un “exiliado”. Esta hipótesis de Martínez Estrada, con el paso de varias décadas, adquiere una centralidad trágica que no podía adivinarse a mitad del siglo XX. Cuando Martínez Estrada define la extranjería de Sarmiento, se está refiriendo a una distancia radical del *locus*, no solo a una coyuntura temporal e histórica que puede cambiar, sino a una condición irremediable que él mismo padece. Sarmiento es siempre un extranjero, la víctima de una “injusticia topográfica”.² La cultura argentina está marcada por ese exilio del que, en 1950, Martínez Estrada se siente un representante interno. Sin embargo, nadie podía adelantar la profundidad del exilio de los años setenta, el exilio del que formó parte David Viñas entre miles.

2. Sarmiento, Buenos Aires, Argos, 1956, p. 50.

Martínez Estrada, Viñas y Sarmiento, argentinos a más no poder que, paradoja nacional, tienen en vilo la localización: sensibles al *locus*, se sienten también fuera. El *locus* se les niega. Martínez Estrada habla de Sarmiento aunque también de él mismo: el exiliado está expulsado de la historia a la que busca interpretar, fuera de la realidad que quiere cambiar.

Un nacionalismo de manual revisionista execra esta posición incómoda llamándola “cosmopolitismo”, y lo opone a un americanismo ideológica y estéticamente independiente. La cuestión es exactamente inversa: la independencia es, en el caso argentino, la forma en que se ejerce una nacionalidad marcada, desde el origen, por la cultura europea. Cuando Sarmiento choca con la “barbarie” encuentra el mundo al que también pertenece (eso se lo recuerdan sus enemigos con frecuencia), y lo explica en los términos que ha aprendido en libros extranjeros, que le permiten representarlo en un discurso. Ni Sarmiento ni Martínez Estrada ni Viñas profesan el inmanentismo. Son dualistas. Viñas, sobre todo, es también estilísticamente dualista, incluso cuando busca una síntesis. La conjunción “y”, usada como marcador de oposiciones, define su estilo.

Martínez Estrada conoce bien la dinámica de aproximación y extrañamiento. Pertenecer de modo inexorable a un *locus* que no termina de aceptar y que, para entenderlo, debe mirarse con la distancia que ofrecen discursos intelectuales llegados de afuera: extranjeros. Con una palabra que usó mucho Viñas: sabe que el *pegoteo* no produce conocimiento; la cercanía es algo inevitable que se interpreta desde una

perspectiva desplazada que no se confunde con su objeto. El “exilio” se convierte en forma de conocimiento. Dice Martínez Estrada de Sarmiento: “No necesita más talento del que tiene, sino otras gentes con quienes dialogar, otro ambiente, otro país, otros lectores”.³ Casi parece escribir sobre sí mismo. La biografía como autobiografía del intelectual periférico, nacido en un país sin grandes tradiciones culturales que se prolongaran desde la colonia ni desde los siglos anteriores a la llegada de los españoles, como sucede en otras regiones de América. Mariátegui, que nació en Perú, donde esas tradiciones existieron y existen, de todas formas, necesitó el camino europeo. No se propuso saltar fuera de un espacio cultural en el que América Latina ya estaba inscripta; la cuestión no era abandonarlo, sino decidir qué hacer con el museo occidental, el gabinete occidental y las bibliotecas occidentales que ya no podían ser borrados de un horizonte cultural latinoamericano.

3. Sarmiento, cit., 287.

El conocimiento crítico (incluso revolucionario) de América era ya definitivamente una disciplina intelectual de Occidente. Frente a los nacionalismos que fingían una poética vernácula leyendo a Maurras, otros intelectuales eligieron diferentes libros, del surrealismo a Marx y Sorel, en el caso de Mariátegui; de Spengler a Freud, en el de Martínez Estrada, un lector asombroso de textos argentinos y teorías venidas de todas partes. La biblioteca de Viñas prácticamente no tuvo límites; su eclecticismo voraz y sin reglas despedazaba los libros y las ideas para recomponerlas, a la manera más bárbara, en un mosaico donde a veces se reconocían los trazos, pero que desafía la filología de fuentes.

Es bien sabido que la revista *Contorno* debió hacer sus cuentas con Martínez Estrada. Quien las hizo fue Sebrelí con su libro de 1960, *M.E., una rebelión inútil*. En esos años de comienzo de una empresa que entonces se creía colectiva, pero cuya comunidad intelectual fue relativamente breve, lo que uno de ellos escribía (como el libro de Adolfo Prieto sobre Borges) ajustaba cuentas en nombre de todos. Medio siglo después nada nos obliga a seguir el sentimiento inicial de aquel grupo que ya anunciaba sus diferencias.

Seguramente David Viñas había leído el *Sarmiento* de Martínez Estrada, publicado en 1956. Ese libro sigue el camino que separó a Sarmiento de las sociedades de América Latina, fundadas en la colonia. Como Viñas, Martínez Estrada denuncia el silencio sobre la liquidación de las poblaciones anteriores a la llegada de los españoles, en “las que la civilización acudía a los métodos y tácticas de la barbarie cuando les eran ventajosos”. Y llama “guerra sin cuartel” al despojo y exterminio de los pueblos originarios: “Las campañas contra el indio sirvieron de pretexto para mantener grandes ejércitos y dar motivo a los ascensos de los expedicionarios, que contaban esas batallas como antecedentes heroicos para obtener altos grados. Dio también a la propiedad un título de heroísmo y de cosa adquirida con sangre”.⁴ Este será el tema de Viñas en su gran libro del exilio, *Indios, ejército y frontera*. Una denuncia documental que muerde las aristas del prisma Sarmiento, critica el positivismo fin de siglo XIX como ideología nacional de matanza, y los “olvidos” del siglo XX. En este punto, Martínez Estrada y Viñas se apartan de una historia que había fijado su matriz ideológica en el racismo, por una parte, y en la superioridad económica de la Argentina moderna, por la otra. La dimensión ética del talento está en esta toma de distancia.

4. *Ibid.*, pp. 90-93.

Solo ocho años después del *Sarmiento* de Martínez Estrada, en 1964, Viñas publicó *Literatura argentina y realidad política*;⁵ este libro se reeditó, con cambios y reformas, en 1995, como *Literatura argentina y política*. Del libro anterior, se mantiene el capítulo “La mirada a Europa”, con las páginas dedicadas a Sarmiento (“El viaje balzaciano”); mucho antes, en 1974, con un gesto típicamente suyo, desprejuiciado en la organización de sus libros, donde cambia títulos, repite y reordena sin mayores avisos, lo

5. Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1964.

incluye en *De Sarmiento a Cortázar*. En 1998, finalmente publica *De Sarmiento a Dios; viajeros argentinos en USA*, y allí está “Sarmiento en seis incidentes provocativos”. Tercer vértice del triángulo que se mencionó al principio.

Viñas desplegó un pliegue del Sarmiento de su antecesor inmediato. Para Martínez Estrada, como se vio, el exilio había definido aspectos básicos y permanentes de la persona pública de Sarmiento. Tocado por la distancia impuesta, la extranjería nunca se borró del todo, incluso cuando pareció afincado definitivamente en la patria. No fueron en verdad sino afincamientos cortados por la intermitencia, porque Sarmiento abandonó la Argentina para morir en Paraguay y, antes de eso, se alejaba periódicamente de Buenos Aires navegando hacia El Tigre, que era entonces una frontera con la naturaleza. Lugones, en su *Historia de Sarmiento*, describe su casa porteña con un detallismo que, en el envés, lleva a sospechar que esa casa, cuidadosamente planificada, amueblada, decorada, estuvo siempre bajo la amenaza de lo transitorio.

Viñas abre ese pliegue que Martínez Estrada había descubierto; lo extiende y lo mira por todos lados. Lo saca de su abstracción conceptual (el Exilio) y lo vuelve concreto: el Exiliado se convierte en Viajero. Viñas tuvo siempre el talento de la percepción concreta. A diferencia de Martínez Estrada, que tiende a las conclusiones generales y le interesan más las ideas que los detalles, Viñas se abalanza sobre las cosas, toca una materia presente en la escritura de Sarmiento, aunque (muchas veces dentro de la misma frase) dispare como un rayo la proposición general, salte hacia una categoría recién inventada y convierta el análisis de una imagen en un principio de pretensiones casi universales.

Su imaginación crítica (a diferencia de la de Martínez Estrada que, pese a la proliferación argumentativa y los excursus, es generalista) va primero a un objeto sensible o a un “personaje”. El “método” Viñas consiste en descubrir esos objetos: el viaje, el “niño” y el criado, el *causeur* y su auditorio, los muebles, los interiores, el advenedizo, el periodista, el *sportsman*, el bohemio, el *gentleman* (los ejemplos vienen, por supuesto, de *Literatura argentina y realidad política*). Esos objetos actúan como reveladores (en el sentido en que una sustancia muestra algo que sería invisible sin la intervención del “revelador”) no de una profundidad más allá de la apariencia, sino de los sentidos que están en la superficie misma. No se trata de buscar cavando, sino de leer, como el baqueano sobre la superficie del territorio, descifrando allí mismo las pistas e indicios. Así arma Viñas una fragmentaria etnografía de escritores-políticos.

La escribe utilizando la comparación como procedimiento hermenéutico. En muchos casos, en el de Sarmiento por ejemplo, encontrar un adjetivo no es una necesidad estilística sino de conocimiento. El viaje de Sarmiento es “balzaciano”: “Con Sarmiento la mirada sobre Europa ya no es más de reverencia, sino de ganas; no de contemplación platónica, sino de posesión”.⁶ Y es también balzacianamente burgués. Sarmiento no encuentra dioses en Europa; su viaje “laico” (el adjetivo es de Viñas) es el de una pérdida de creencia. Con esta clave, décadas después, Viñas lee el viaje norteamericano.

6. *Literatura argentina y realidad política*, cit., p. 38. Las citas siguientes son de p. 33.

Pero hay que detenerse en el adjetivo “balzaciano”. Sarmiento llega a París dispuesto a la admiración. Va de menos a más. Viñas detecta la manera en que estira su ropa, endereza el nudo de la corbata, recorre los botones, comprueba que todo esté en su sitio, porque él no lo está. Las acciones físicas del “provinciano”, más reveladoras que cualquier otro discurso admirativo, ponen de manifiesto la inseguridad originada en la distancia cultural y social entre el visitante y la ciudad. París comienza siendo demasiado: “La *cortedad*, ahí está el coagulo que entorpece y caracteriza el movimiento inicial del viaje de Sarmiento; la ropa corta, especialmente el frac incómodo e imprescindible”. Rastignac ha llegado, tímido al comienzo, pero dispuesto a todo.

La figura del arribista se sobreimprime con la del exiliado. Sarmiento lleva su *Facundo* a París; cree que esa obra podría darle un nombre. El recién llegado no está dispuesto a admirar mansamente; avanza con los codos abiertos para hacerse un lugar. Pero, en esos movimientos que alisan la ropa, Viñas calibra el *ser menos* del que llega. El viaje balzaciano es un revelador porque muestra dos sentidos contradictorios; como el joven de provincias que llega a París en *Las ilusiones perdidas*, Sarmiento viaja para admirar y conquistar; pero se siente *corto*. Entonces, lejos de la medida que la ciudad exige, comienza a observarla verdaderamente: su mirada se hace *laica* y la ciudad desmesurada, que podría haberlo sojuzgado, se convierte en objeto de conquista.

El exiliado, que vive una privación de patria y pensó compensarla con un modelo imaginario para el futuro, que encontraría en París, se convierte primero en viajero a secas, es decir alguien que se desplaza no sólo porque está obligado, sino porque quiere. Y luego, en “burgués conquistador”, que no se somete a la ciudad como a una autoridad espiritual, cultural y social, sino que la contempla como un espacio que critica al mismo tiempo que goza. En realidad, goza lo que, antes, había deseado. Viñas descubre este pliegue en el viaje del exiliado, que para Martínez Estrada era más una herida que una oportunidad, más una falta que una promesa.

Viñas unió un adjetivo “balzaciano” con un “tipo” sociohistórico, el “burgués conquistador”, sobre el que Charles Morazé había escrito un libro pocos años antes.⁷ Como suele ocurrir con frecuencia, no lo cita, pero algunos lectores de 1964 recordaban seguramente de donde venía la designación del “tipo”. No se trata de la omisión de la referencia (Viñas cita de manera errática, a veces de memoria, como Martínez Estrada), sino de otro paso del “método”: juntar algo que viene de la literatura y algo que viene de la historia (o de las ciencias sociales). La operación crítica consiste en yuxtaponer esos dos elementos. Viñas habría dicho que la convergencia es “dialéctica”, porque suscita un sentido que no está ni en el adjetivo ni en el tipo social que estudió Morazé.

7. Charles Morazé, *Les bourgeois conquérants, XIXe siècle*, Paris, Armand Colin, 1957.

En esta yuxtaposición de objeto producido por la lectura crítica y de una idea extraída de la investigación histórica Viñas anticipó lo que hoy se llaman estudios culturales y, entonces, sociocrítica. El ensamblaje de perspectivas que vienen de disciplinas diferentes es la gran novedad de los sesenta, cuando estaba lejos de ser una alternativa académica consagrada. Los lectores de *Literatura argentina y realidad política* siguen el deslizamiento de un punto de vista al otro o, mejor dicho, la superposición de los puntos de vista de lectura. Viñas, a quien nunca preocuparon demasiado las discusiones teóricas sino el uso salvaje y muchas veces silencioso de las teorías, no reivindicó en las décadas siguientes la novedad del libro.

Pero, más allá de lo que hiciera con su “método”, el viaje es un objeto crítico revelador donde se intersectan dos formas de entrar en lo simbólico. La que viene de la historia y la que ha aislado en un texto literario (el relato de viajes de Sarmiento) un prisma de divergencia y convergencia de sentidos. El “burgués conquistador”, fórmula excelente de Morazé, se convierte en el viajero hambriento que escribe su (improbable) conquista.

Viñas resume el *Bildungsroman* del viaje. Desacralización de París/descubrimiento de Estados Unidos. Estudia ese viaje en *De Sarmiento a Dios; viajeros argentinos a USA*. El doble efecto del viaje a París se sostiene en Estados Unidos; pero allí encuentra una legitimidad explícita y sin complejos: “Sarmiento sabe admirar, eso lo confirma y le da placer, incluso elogia con desmesura (como si hablara de sí mismo), pero, por lo mismo, jamás abdica de la ironía ni de las reticencias a las que no coloca al final de sus frases. Y no sólo en función de prioritarios criterios pedagógicos, porque Franklin y mister Mann podían ser además los antepasados quiméricos de un burgués

conquistador y plebeyo como era él. La propia novela de aprendizaje de joven pobre del Sarmiento de 1847 al fin apuntaba hacia un centro ágil, estimulante y concreto. Y como en toda 'historia moral' del siglo XIX, los pobres siempre triunfan".⁸

8. De Sarmiento a Dios; viajeros argentinos a USA, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, p.13.

Sarmiento viaja al Niágara, como romántico que trata de gobernar el impulso expansivo de la subjetividad por medio de la cuantificación de la Naturaleza sublime que, a través del cálculo, se convierte en Naturaleza mensurable y, por lo tanto, rendida a la explotación de recursos. La fórmula de Viñas, precisa como una sentencia clásica, es la siguiente: "Si la naturaleza loca es la *barbarie*, el exorcismo estadístico se convierte en ciencia". Y enseguida: "El episodio del Niágara, por lo mismo que lo 'excita' convocando a 'sensaciones largo tiempo esperadas', reiteradamente lo condiciona a insistir en las estadísticas que son el *self-control* de los Estados Unidos. Numerándola se domestica a la locura".⁹ Viñas le dice a Sarmiento: *de te fabula narratur*, también tu barbarie necesitó de los libros para controlar su desborde. El "viajero romántico" que fue Sarmiento convertido en "viajero victoriano".

9. De Sarmiento a Dios, cit., p-15.

Martínez Estrada, en el otro vértice del triángulo, había descubierto una falla en Sarmiento, la fisura que cava el exilio en subjetividades que son un poco de aquí y un poco de otras partes; subjetividades a las que se les niega la ilusión de completarse: lejos del hogar materno, lejos, muchas veces, de la lengua, lejos de esa misma "barbarie" que las ha expulsado y constituido como opuestos. Viñas capta al exiliado cuando ya no permanece hundido en la contemplación de esa falla. Lo presenta en el momento balzaciano de la adquisición, del desmesurado proyecto de dominio. El exilio es romántico por su inclinación a la melancolía. Pero el exiliado Sarmiento, muy sentimental y dado a las lágrimas, es sin embargo lo opuesto al melancólico. Sabe lo que le falta, está convencido de que lo que ha perdido se encuentra en su futuro y que él podrá alcanzarlo. Convertido en burgués, el exiliado deja la melancolía para las mujeres y los poetas (Sarmiento no tuvo gran aprecio por Echeverría, por ejemplo, y a las mujeres las quería industriosas y ocupadas, lejos del abismo enfermizo de la debilidad y lejos de la ignorancia).

Finalmente, Viñas sigue a Sarmiento a México, donde termina de disiparse la voluptuosidad del exotismo romántico que se conmueve por lo que recibe a través de los sentidos. Para Sarmiento (escribe Viñas con otra sentencia filosa) "la alteridad era una enfermedad sin voz". El viajero victoriano se ha curado; es ahora un positivista para quien lo diferente y lo patológico se superponen.

En el exilio, Martínez Estrada subrayó el pasado que no se ha tenido o ha quedado atrás. Viñas indicó allí el proyecto futuro. Ambos descubrieron el fuerte influjo de separaciones y desplazamientos, pero les atribuyeron desenlaces distintos. Aunque Martínez Estrada conoció perfectamente el peso de la experiencia norteamericana sobre Sarmiento, no la colocó como reveladora de una conversión radical. Eso le tocó a Viñas porque, entre otros motivos, encontró al "burgués conquistador" de Charles Morazé, casi sólo el brillo de una fórmula sugerente, para pensar de nuevo a Sarmiento.